

CABEZA DE PERSA

Es posible que muchos lo hayan visto en las pantallas de sus televisores; pero también cabe que lo pasaran por alto. Ahí están precisamente las **claves ocultas** de la manipulación: su sutileza, su capacidad de filtrarse entre los pensamientos y quedarse agazapadas en el inconsciente, actuando según los esquemas previstos.

La noticia era, escuetamente, que el jugueteo que más se vendió durante las navidades pasadas entre los niños norteamericanos fue una figura a tamaño natural del imán Jomeini, de goma, debidamente caricaturizada con rasgos mefistóflicos y acompañada de toda una serie de instrumentos de tortura—dardos, cuchillas de afeitar, navajas y todo eso— con los que los dulces muchachitos yanquis podían martirizar al muñeco hasta hacerlo trizas; al fin y al cabo no era tan caro: cinco dólares (\$ USA 5).

Que nadie se escandalice, sin embargo. Porque, al fin y al cabo, ese juguete es consecuencia directa de la imagen que de la revolución iraní y de su mesiánico **Ayatolláh** nos han dibujado todas las agencias de información (la Efe incluida): una especie de loco paranoico arrastrador hitleriano de masas, que ha osado pedirle a la sacrosanta administración americana que restituya a su país los miles de millones que aquel inocente padrecito Rhexa Pahlevi puso a buen recaudo en los bancos estadounidenses para bien de su fortuna personal, gloria de su Alláh y caiga quien caiga de ese pueblo persa que era rico y ni siquiera le habían dado la oportunidad de enterarse.

Lo curioso es que noso-

tros, en tanto que españoles, deberíamos haber tenido el derecho especial (sistemáticamente negado, por otra parte) de haber sabido siquiera un poquito de esa realidad tan limpiamente escamoteada por los magnates de la información. Y me refiero especialmente a nosotros porque, en la medida en que la historia oficial nos lo permite, somos un poco hijos, lo mismo que el Irán, de la fenomenal cultura islámica de la Edad Media. Y porque el movimiento **chiíta**, del que el Imán Jomeini es su más alto representante en estos momentos, debe mucho a la alta sabiduría y a la mística santidad de los grandes sufíes del Al Andalus medieval, muy en particular a esa figura tan poco conocida por nuestra cultura como bien seguida por los iraníes: Ibn al Arabi de Murcia.

Sin embargo, la distorsión manipuladora de la realidad histórica—porque esa política de ahora mismo será historia a la vuelta de la próxima esquina— lleva consigo no sólo la transformación de la noticia conforme a las necesidades exigidas por el pretendido prestigio de un determinado grupo de presión, sino el sometimiento de los ciudadanos, ya desde su más tierna niñez, al reflejo condicionado que les hará sentir aversión, asco y, si se tercia, hasta deseos de ataque y de muerte cada vez que vean ante sí a un viejo venerable con chilaba, kaftán y barba blanca. Al fin y al cabo, semejantes toques de repulsión provocada no son nuevos. Pensemos que los héroes del panorama mítico norteamericano, Flash Gordon o Superman por ejemplo, se enfrentaron a lo largo de sus fantacientíficas

aventuras con seres mafiosos, amarillos o de rasgos eslavos, según lo iban exigiendo las circunstancias políticas de cada instante. Pensemos que el elegante mabo Mandrake llevó siempre a su lado a un negrazo amansado, vestido con túnica de piel de pantera, que cumplía ciegamente sus deseos y jamás reclamaba reivindicaciones raciales de ningún tipo sino que, por el contrario, siempre estaba dispuesto a enfrentarse por su **buena** con cualquier luciferino enemigo del emblema de las barras y las estrellas.

Se me ocurre pensar, ante el cúmulo de adjetivos que vician y alteran a gusto del manipulador el valor del sustantivo fundamental, que convendría frenar la palabrería condicionante filtrada como el azar en las noticias y plantearse seriamente la esencia profunda de todos esos brotes de rebeldía que, en Asia, en Africa o en la misma América se han lanzado a tumba abierta a oponerse, sin medias palabras, a la extorsión ejercida por las llamadas grandes potencias. Que sería necesario, a fin de cuentas, divorciarse, por lo penal si hace falta, de los opresores que nos impiden realizarnos a golpe de dólar, de rublo o de pia medallita vaticana, condicionando nuestra libertad y fabricándonos paraísos artificiales de los que no conviene salir—dicen—, so pena de enfrentarnos con diablos chiitas dispuestos a reclamarnos esos ahorros tan duramente ganados que nos permitirán, si Dios quiere, comprarnos el último modelo de carro salido de los talleres que en nuestro propio país construye para nosotros dadivosamente la multinacional de turno.

Juan G. Atienza